

Editorial

51

En julio de 2019 la Plataforma por la Lengua, institución catalana apoyada por la Generalidad de Cataluña, realizó un estudio sobre los idiomas hablados por los niños en los recreos de los colegios catalanes.

Lo más notable de aquel estudio fue la metodología empleada, que no era la típica de encuesta a una muestra previamente seleccionada de sujetos, sino la observación de los mismos por investigadores de incógnito que ocultaban en todo momento la tarea que realizaban.

Mucho se ha discutido desde entonces, tanto sobre los resultados de aquella investigación, como sobre los procedimientos seguidos por la misma, pero, hasta donde sabemos, no se ha tematizado nunca el motivo que condujo a la selección de tales procedimientos.

Concretamente: ¿por qué no se realizaron encuestas entre los sujetos estudiados y hubo de recurrirse a informadores que actuaron de incógnito –es decir, ocultando a los observados el motivo de su observación?

Sólo hay una respuesta posible: porque los que diseñaron la investigación daban por hecho que la encuesta, siendo un procedimiento mucho más barato y que permitiría alcanzar a una muestra mucho más amplia, no era aplicable aquí, dado que los resultados que obtendría no informarían objetivamente sobre los usos lingüísticos de los sujetos –los niños– encuestados.

Es decir: se daba por hecho que los niños, si eran preguntados sobre el idioma que hablaban en el recreo, mentirían. Si no todos, sí una parte considerable de ellos, lo que necesariamente habría de invalidar la investigación.

Ahora bien, ¿por qué habrían de mentir los niños? ¿Qué habría de impulsarles a ocultar sus usos lingüísticos reales?

La respuesta es tan obvia como escalofriante: el miedo.